

## TIPOS GALLEGOS.

## EL CADICEÑO.

Allá lejos, por el camino que blanquea entre los viñedos y maizales, veo aparecer como caballeros con lanza en ristre, dos hombres bélicamente armados de enormes paraguas, y cuyo aire y contoneo viene diciendo: ¡Que entramos!

Y á fé que no sé si retirarme de mi ventana por temor á un reto de esos que hacen estremecer las inanimadas piedras, y temblar las montañas. ¡*Han aprendido* tanto esos benditos, allá por las tierras de *María Santísima!* *Voelven tan savios y avisdos* que no sería extraño adivinasen con solo mirarme al rostro, que estaba tomádoles la filiación para hacer su retrato.

Y atrévase cualquiera, á mostrarle á su prógimo siquiera en leve bosquejo las grandes narices ó las grandes orejas con que le dotó la pródiga naturaleza. Oh! yo sé perfectamente cuán peligroso es tal oficio. Pronto el de las grandes orejas, ó el de las grandes narices, sin pararse á considerar que no todos podemos ser, y de ello me pesa, lo que se dice miniaturas, se volverá iracundo contra el artista diciendo:

—Voy á romperle á V. el alma, yo no soy ese fantasma que acaba V. de diseñar V. hace caricaturas en vez de retratos.—

Y si el artista es tímido, tiene entonces que volver á cojer el pincel y en dos segundos chif! chaf! pintar las narices y las orejas mas cucas del universo.

Mas no haré yo tal, por solo obedecer á una exigencia injusta, que antes que nada, el hombre debe ser fiel á la verdad, y el artista á la verdad y al arte. Quieran, pues, ó no quieran, los que escupen por el colmillo, me decido á cumplir con la espinosa misión que me ha sido encomendada, y advierto, que como mi conciencia juega siempre limpio, en tales lances, de hoy mas, serán inútiles las protestas, inútiles asimismo las amenazas vanas.

Siento en mi un inesplicable pero hondo deseo de desahogar el mal humor que me produce la variedad del tiempo, que ora es claro, ora nebuloso, ora frio, ora fastidiosamente templado, y he resuelto entretenerme en dibujar varios tipos. Si á las gentes les pareciese demasiado atrevido ó trivial este propósito, murmuren de ello en buen hora, pero no olviden que el mundo es una cadena, que el que con hierro mata, con hierro muere; que todos pecamos, y por último, que quien escribe estas páginas sabe harto bien, que sin haber dado permiso para ello, no habrá dejado, mas de un aprendiz de dibujo, de hacer su caricatura.

Dos pollinos cargados con bauls, hasta reventar, siguen humildemente á los hombres de los paraguas, que ítem mas de este mueble incómodo, y á pesar de estar en el mes de Junio, traen grandes capas y botas bien *aforrás* y *comprías* cuando la sequedad y el calor convidan á andar descalzo por entre la fresca yerba.

Al llegar á las puertas de la ciudad empiezan ya á *perguntar* en donde *haberá* una *posáa* de las *boenas* y de *segoría* por lo que hay que perder. Pero como antes de encontrarla quieren *locir* los *bayules* de *coero* de Montevideo y demas *prendas* y *alquipaje*, atraviesan por las calles *prencipales*, fumando un habano de la *mejor cualiá*, y hablando el *andalú* mas *desfigurao* que pueda oír una criatura racional.

Mas á decir verdad, hablan con tal desenfado y arrogancia, con una fachenda tan *compría*, escupen al uso de los *carrillos* con una gracia tan *semellante* á la suya, que *nai*de al verlos deja de conocer que acaban de abandonar á la gaditana gente.

Cuando se han alojado, todo lo quieren á la usanza de *afuera* porque *dendes* que

degaron el pais, en jamas han pofo arrostrar un chopo è caldo, como non fuese limpo, con hartura de garabanzos....

—Cuánto tiempo han estado VV. en Cádiz? les pregunta la patrona

—¡ Ya hay! responde uno. *Pró mi parte dus años y cinco dias, y ainda mas, media miñana del güebes, en que me embarqué en la radia de Cais, y mi amigo tres años y tres meses en Malparaiso.*

—Vaya que ya traen corrido mundo! dice la patrona, mientras que uno no sabe salir del lugar en donde nació. ¡Y qué bien se les ha pegado el castellano, que parece que lo mamaron con la leche, y lo mismo los modos de por allá!

—Toma! responde uno con mucho garbo, mientras guiña un ojo y tuerce todo el cuerpo sobre una cadera. Lo mesmo me íctan por allá las chicas. *Jazá! escramaba la Guana cuando me vestia de curro, este jallejo tanta gracia errama, que parez qu' a nació antre la gente zalá, pró que, neturatmente, dendes que salin da terra, nunca puden voleer á la fala ¡de verdá!*

—¡Pues n' á ser verdá! prosigue el otro. *Pró la Habana, y pró Cais todos los del puebró, chequitos y grandes, habran el andalá, y no coma por aquí que son gallegos coma las vacas.*

—Cierito es, contesta la patrona, que es tan cerrada de mollera como ellos. A ir yo á esas tierras, no hubiera vuelto á la mia, que siquiera por solo oír hablar á todo el mundo castellano y andaluz, estaria uno á media racion... Además de que, segun me han dicho, tan buenos son esos pueblos de afuera, que no se ve en las plazas, pan de brona, porque parece que no lo hay.

—*Qu' á haber Señora! i brona? ni los perros la arrostran, ni la hay en el mundo coma no sea aquí. Pan branco de diario y á pasto, lo comen probes y ricos en Cais. Por la miñana m' angollaba yo de un bocao un panisillo y dempues los que caian por tó el dia.*

—Cuánto bien de Dios! no sucede aquí tal cosa, no, que con leche ó papas tiene uno que contentarse.

—Pó allá carilla va la leche, *pro an ravierso lo él panisillo n' es ná.* Sepa osté que á la medodia tomaba coma un caballero mi pochera con un cuartaron de carne, patacas correspondientes y garabanzos, un neto de vino de lo tinto, y andandito.

—¡Qué le parece!... ¿y por la noche?

—*De cea á segun pró á de cote, un jaspacho que m' hacia la Guana de lo chichirico.*

—Abi tienen VV. ¡Miren que vida de reyes! ¡y váyase á pedir aquí todo eso que ya se encontrará! Sobre todo ese *gaspacho* ó *jaspacho*, que no sé lo que es, pero que de seguro debe saber muy bien por estar hecho al uso de esas tierras.

—*Pro savio, señora. Se come cruo, y parés cocio.*

—¡Eso mas! y dígame, ¿á qué vendrán aquí las gentes de esos pueblos, benditos de Dios, y lo que es mas, se quedarán en este desierto donde no es costumbre hacer *gaspachos*?

—Se quedan de *prisision* y *antramientras* no acaban lo que le es menester: algunos dirán que por aquí se comen las *boenas froitas y lagumes y peixe... pro de verdá en noestra tierra solo se atopa morriña dégo los peixes y las froitas y las lagumes á quien las quiera y voime á foera á buscar los cuartos.*

—¿Y como VV. no se quedaron por allá lejos, en donde ne oyesen hablar mas de Galicia?

—Tenemos *mentres* de volver á marchar y solo *vimos á traerle á nostra gente las boenas cosas que ganamos.* A mi no me *abastaron tocia coatro bayuies*, bien *atacaos y tiven* que dejar en *cas* de un compañero varios *afentos* que me *mandará por embarque.*

—Eso es sabido, ninguno vá á fuera que no venga rico, sobre todo los cadiceños, murmura la patrona sonriendo.

—Yo tal cual, dijo el de Cádiz escupiendo con desdén por el colmillo, *pró lo que á mi respenta, no es por fachenda, pró... tengo pa una infirmidá, y pá una acasion, y pa poner mi casa á estilo de Cais.*

— ¡Vaya! ¡vaya! que ya pueden estar contentos: ¿y de qué lugar son?

— De Santa María de Meixide... *pró...* compañero, *seica* ya no daremos con la *bréda*, *poes* con motivo de haber *estáo foera*, se nos *haverá barrido de la mamoria*.

— *Quixais!* responde gravemente el de la Habana. *Buscaremos quien nos lo amostre*.

— Pierdan cuidado que yo lo haré, esclama la patrona: hé ido muchas veces por allí.

— Mi dicho mi hecho.

Sin abandonar el paraguas ni la capa, ni el cigarro, se pasean por la ciudad, y entran en casi todas las tiendas para comprar algunos objetos, que regalan á su *gente* como *nativas de Cais*.

La patrona les enseña despues el camino, como á estranjeros que han perdido su ruta: ellos se dejan guiar como si lo ignorasen, y emprenden la marcha con el aire mas grave que pueden, teniendo buen cuidado de llevar el puro en los labios, y el *andatiú* en la punta de la lengua. Ninguno sabe decir ni una sola palabra en gallego, y casi están por olvidarse de la puerta de su casa y del nombre de sus amigos. Lo que no deja á veces de causar risa á las gentes maliciosas que no son pocas entre nuestros aldeanos; pero los pollinos que cargados siguen á los *forasteros* imponen respeto á los mas, y cada cual cree adivinar un tesoro, tras el *coero* de Montevideo, de que están hechos los *bayules*.

El padre, la madre, el hermano ó la esposa, notan bien pronto despues de los trasportes del primer momento, que el que vuelve al hogar de la familia, no es ya el hombre que era antes, lo cual en nada disminuye el cariño que le profesan, por el contrario, hace nacer en su alma hácia el recién venido, cierto respeto de que se enorgullecen.

Y en efecto, aquel que hace dos años era un aldeano como ellos, viste ahora de un modo distinto, habla de gazpachos, y de pan blanco *comido á pasto*, ó de *chiniticas del Congo* detesta la brona, como si jamas la hubiese tocado, cada palabra que sale de su boca es una sentención, no teme ni á Dios ni al diablo, ni le importan *feridas d' ollo* y por último habla *el andatiú coma si lo hubiese deprendido mesmo dendes sus prencipios*. ¿Cómo pues pueden tener al *forastero* en tan poco como á sí mismos?

Sobre todo, al ver todo el *alquipaje* con que cargan los pollinos, aquellas pobres gentes, generalmente agoviadas por la miseria, ó una grande escasez, no pueden menos de mirar al *cadiceño* como un enviado del cielo, y como no se guardan demasiados cumplidos pronto pasan, latiéndole el corazón, á revisar los baulés, cuyas chapas y clavos dorados prometen guardar cosas muy buenas, todas venidas de aquellas tierras en donde *dan pan por dormir*, y en la cual, el *pantrigo* y el *puchero* con carne y *garabanzos* son cosa corriente para cualquiera. Quanto se les presente, venido de la *suidá de Cais*, ó de esa Habana, que ellos contemplan en su pensamiento antes de haberla visto, poco menos que como el paraíso ó la ciudad de Jauja: todo es bueno, excelente y magnífico, y el *caiceño* que lo sabe, al sacar del primer baul los objetos que compró en el pueblo mas proximo á Santa María de Meixide, encarece su buena cualidad, diciendo:

— Vayan *ostés á mercar* por aquí, un *gabon como este*, y tan *bratismo* y unas *sintas tan foertes* y lindas, y unos *pañuelos tan comprios*, No *d' esto ni hay nesta tierra*.

Y hé aquí, que todo lo que viene en uno de los baulés mas *manifecos*, se reduce á lo que, como dejamos dicho, compró en Galicia, y á varios remedios de paño y zapatos viejos que *trujo de allí, por no atopar sitio donde tirarlos*.

Pásase la revista del segundo baul, y aparecen ropás á medio uso, gorras idem, camisas de mil colores, todas *muy bonitas*, pañuelos de narices, y se acabó la función. Se abre el tercer baul, ¡yaquí sí que hay novedad en las *prendas!* Libros á los que les faltan la mitad de las hojas, estampas iluminadas con colores, alguna flauta con llaves de plata, ó alguna gaita con fuelle forrado de seda, ¡qué hermosura! un baston con puño tambien de plata, ¡qué lujo! un retrato *veridico* hecho á la *rotografía*, y despues un pañuelo de crespón de la india... ¡cuánta riqueza!... *pró...* ¿y los cuartos?

El cuarto baul, que pesa como si se hallase lleno de piedras, tiene un secreto *de los pocos*, y aqui es ella. El cadiceño, no dice así de sopetón cuanto trae, pero empieza por enumerar todas las mejoras que ha de hacer en la casa, las reses que ha de comprar, los gorrinos que ha de matar, y las romerías á que ha de asistir en compañía de la familia.

No hay uno en la casa que al ver tal no se contemple rico y feliz y mucho mas, cuando en medio de la alegría que reina en la casa oyen cantar al caiceño, que tiene los cascós calientes con el vino:

*Naide se meta conmigo,  
Que soy un lobo en Sevi,  
Y astra la tierra que piso  
Me parese una pesoña.*

Al otro día de la llegada del cadiceño, en el cuarto mas retirado de la casa, es cuando al fin, apenas rompe el día, se abre el baul, que tiene dos cerraduras de *secreto* y ademas el *secreto de por dentro*.

La tapa se entreabre lentamente, y aparece á las ávidas miradas de la madre ó de la esposa un cuero tendido. El cadiceño levanta con la misma parsimonia y lentitud el cuero, y aparece una gruesa capa de papeles cortados, levanta los papeles, y aparece un pañuelo de yerbas, levanta el pañuelo de yerbas, y aparece acostada una *labita* de paño sedán, *legítimo, y nativo de la mesma siuda de Cais*, debajo de la *labita* descansa un pantalon del mismo paño. Aquella es la ropa con que *foera* se vestía de caballero *coma los mas*, porque *na quellas tierras naide* gasta ni montera, ni calzones.....

*Pró.... ¿y los cuartos?*

Debajo del pantalon se descubre otro pañuelo de yerbas, y otra gran capa de papeles cortados, y allá en la profundidad del baul reposan con todo el peso de su gravedad multitud de gujarros.....

Santo Dios..... *Pró ¿y los cuartos?*

*Nel secreto están criatura!*..... responde el cadiceño sonriendo por el gran susto que acaba de llevar la pobre mujer.

Y bien pronto con sus gruesos dedos toca una tablita que se resbala silenciosa y aparecen varios montoncitos envueltos en papeles blancos y amarillos. Los amarillos encierran el oro, y los blancos la plata. Mas todo el tesoro cabe en un puño, y alcanza apenas á arrancar de la miseria á la familia por algunos años, y hacerle entrever un mediano bienestar.

El que ganó mas, rara vez vuelve á la patria, y si lo hace, es cuando ya viejo y sin poder trabajar, viene, por un resto de amor al país que le vió nacer, ó quizá por egoísmo, á morir á su aldea, acabándose casi siempre con él, la última moneda que ha ganado á costa de su dignidad.

Como generalmente aguardan al vispera del Santo Patron para presentarse en el lugar, y casi todos ignoran su llegada, es de ver como al otro día hacen su recepcion.

Plántanse la ropa de curros, luciendo en la camisa el enorme alfiler, que siendo de cristal puro y sin mezcla, quieren hacer pasar por diamantes. El sombrero les cae de tal modo sobre una ceja y es, por lo regular tan chico para su cabeza, que mas bien que sombrero parece solideo, la faja le envuelve el talle como una sábana, mientras la chaquetilla *laboreada* se le queda en medio de las espaldas, como á un muchacho que habiendo crecido, lleva un traje que no creció con él.

A las mangas ó les sobra ó les falta y lo mismo al pantalon, que le cae sobre las grandes botas como á la fuerza, ó se queda mas arriba como por casualidad. Pero lo que mas luce y brilla en su *presona* es la gran cadena hecha de varios metales á que llaman oro, y la *moestra* del tamaño de su sombrero á la que consultan á cada paso muy interesados en saber que hora es.

Con tal atavio, y sin olvidarse de llevar el gran *pareanguas*, se encaminan hácia la

iglesia mientras todos están en la misa mayor, y se colocan á la puerta en el sitio mas escondido que pueden, hasta que la gente sale.

La multitud se agolpa en tumulto, cada cual quiere salir el primero, y aprovechándose entonces ellos de la confusion que reina, nuevos Longinos, ó semejantes al caballero de la Mancha, cuando lanza en ristre se arrojaba sobre los molinos de viento, enarbolan el gran paraguas, y.... al pasar algunas de las jóvenes que ellos tienen en la niña del ojo... arremetiendo con energia... pom!!! le encajan el regaton con toda fuerza en medio de las costillas.

La tan brutalmente herida vuélvese entonces, contra el agresor lanzando un agudo grito.... pero ¡oh sorpresa!

Cuan ve tan majamente vestido, al cadiceño en quien no pensaba, olvidase al punto del terrible dolor, que el golpe alevoso le produjo y esclama.

—¡Nunca Dios me deixara Anton!... ¿é ti elo? por pouco me magoas.... pró... ti elo?

¡Soy el mesmo! ¿Seica mi ñoras? responde el galan apurando mas que nunca la ce, y hablando en la gerga mas confusa y visible del mundo. *Ícimo la viaque en vintiac dia, desenbracamo en la Cruña nuantruente y aquí chegamo tan interos coma salimos, é quielo vé?*

En seguida regalan á la favorecida unos cuantos pellizcos y apretones de lo lindo, de los cuales les quedan señales para mucho tiempo; mas para ellas todo es miel y rosas, hablando tan dulces y agradables las chanzas y las maneras de los Cadiceños, que ya solo ellos imperan en su corazon.

Asi el Cadiceño, manda, reina y pervierte, de la manera mas peligrosa. Enfatuado é ignorante, todo lo mira en torno suyo por cima del hombro, inspirando á los que le oyen el desprecio á su pais y contando maravillas de los que el ha recorrido.

Solo cree en Dios, en cuanto le conviene, y no teme perjudicar en su provecho á los que se intimidan con su traje y sus patillas.

Mucho mas pudieramos añadir sobre este tipo tan marcado, y que tanto prepondera en las aldeas de Galicia, trayendo á ellas todo lo que han aprendido en tierras mas civilizadas, y nada de lo bueno que alli existe, pues su ignorancia, y el ánsia ardiente de hacerse ricos en poco tiempo, arrastrándoles á la humillacion, las penalidades y la hajeza, no les permite modificar sus malos instintos ni aprovecharse de las excelentes cualidades que les son propias.

Pero es forzoso que concluyamos atendiendo al corto espacio de que podemos disponer, aun cuando procuraremos no olvidar en mas propicia ocasion, el estendernos sobre un asunto, que segun creemos es de alguna trascendencia para el pais.

ROSALIA CASTRO DE MURGUIA.

## SAUDADES.

Lonxe da terra querida  
dos meus primeiros albores  
paso en lembranzas a vida,  
que non foi nunca esquencida  
terra de tantos primores.

E anque n' esta terra tan gabada  
ferven grandeza e praceres,  
de cote a alma enloitada  
xemendo escrama angustiada  
¿onde estás terra de Lères?

En van festas e bureos,  
músicas e toleirias,  
garuladas e bateos,  
entroidos e devaneos  
abouxan noites e dias,

Que acá no fondo do peito  
surdindo tristes memorias,  
veñen saudades á heito  
rebolindose n' un leito  
de trascordadas historias.